

APUNTES DE PSICOLOGÍA

La dignidad de la gente debería desvincularse del todo de que el mercado azarosamente tenga a bien demandar una labor que puedan desempeñar.

@niquimportara

Un nombre en inglés. Un experto, cuyo prestigio depende de que el fenómeno –porque ahora todo son fenómenos, no son consecuencias políticas– no acabe nunca, y alguna receta que apunte a la inevitabilidad de lo que ocurre y a la necesidad de adaptación. Una burbuja de piezas periodísticas al albur de todo ello. Estudiémoslo. Un máster. Intentar vivir del paro de los demás y acostumbrarnos a esta mutación de nuestro hipotético lugar dentro del circo mundial contra la que poco podemos hacer: nada es para toda la vida –antes esto era opresivo, ahora deseable, las migajas de empleo público llenan pabellones polideportivos de examinadores–, tu casa ya no es tal, el forjamiento del carácter en tu trabajo, la sensación de comunidad –en los setenta era asfixiante, ahora estructurante–. Un «no

era esto» orteguiano y la duda sobre cómo es lícito narrarnos, y si hay que perder demasiado tiempo en ello.

Habitualmente, la crítica progresista pone el dedo en la llaga de cómo se han incentivado las *soluciones* individuales –provenientes del mundo de la gestión laboral– a problemas tan complejos. Quizá el epítome sea el libro de Spencer Johnson *Quién se ha llevado mi queso*, que sugiere adaptarse al cambio sin hacerse demasiadas preguntas sobre quién lo promueve y hacia dónde nos lleva. Si aceptamos ese cambio dejando de lado la posibilidad de intervenir en él, en algún momento veremos la recompensa, se nos señala. Y frente a todo ello, desde la izquierda, la apelación a la colectividad, a lo *popular*. Muchas de las grandes transformaciones que han beneficiado a los trabajadores, nos dicen, resultaban imposibles, utópicas, y eran consideradas patológicas en su tiempo. A los esclavos que se fugaban les diagnosticaban drapetomanía, tendencia a escapar. En una publicación médica del siglo XIX, y bajo el título *Diseases and Peculiarities of the Negro Race*, el psicólogo Samuel A. Cartwright sugería algunas soluciones para esta patología:

Si son tratados con amabilidad, bien alimentados y vestidos, con suficiente leña para mantener activo toda la noche un pequeño fuego –separados por familias, cada familia teniendo su propia casa– no permitiéndoles correr de noche para visitar a sus vecinos, recibir visitas o beber licores embriagantes, sin hacerlos trabajar en exceso ni exponiéndolos demasiado a la intemperie, son fácilmente controlables –más que otros pueblos en el mundo–. Si cualquiera o varios de ellos, en cualquier momento, levantan sus cabezas al mismo nivel que su dueño o capataz, la humanidad y su propio bien precisan que sean castigados hasta que regresen al estado de sumisión que fueron

destinados a ocupar. Hay que mantenerlos en estas condiciones y tratarlos como niños para prevenir que se fuguen⁹⁵.

Lo que vino después ya lo conocemos, y tampoco se desviaba demasiado. La cadena fordista inspirada en el matadero y la familia como brida para que el obrero no se vaya de madre bebiendo, pero que beba algo el fin de semana, que se distraiga para que se reinicie y sea productivo la semana siguiente. Así durante cuarenta años. El posfordismo exige otra cosa: *flexiseguridad*, es decir, tú flexible, las inversiones aseguradas. La colonización de la vida propia bajo ropajes de sentido vital en el caso de los trabajos denominados vocacionales o de esos que dan de comer a toda una provincia; o disfrazada de compatibilidad con aquello que estamos llamados a ser, en el caso de lo colaborativo o temporal: seguir estudiando, tener tiempo para los hijos pero con el móvil encendido, pedir a los fijos de la empresa que te cedan alguna de sus horas extras, que si no, no llegas. Las legislaciones sobre «derecho a la desconexión»⁹⁶ parecen un mal

95. Cartwright, S. (1851) «Diseases and Peculiarities of the Negro Race». *The New Orleans Medical and Surgical Journal*, vol. VII, no. 6: 691–715. <http://www.pbs.org/wgbh/aia/part4/4h3106t.html>

96. El 1 de enero de 2017 entró en vigor en Francia, merced a la reforma laboral aprobada en 2016, el «derecho a la desconexión digital» bajo la premisa de que aunque los empleados salgan de las oficinas, según señaló el socialista Benoît Hamon, «no dejan de trabajar. Quedan amarrados por una especie de correa electrónica, como si fueran perros. Los mensajes de texto, los e-mails y demás invaden la vida de los trabajadores». Reflexiona Evgeny Morozov sobre lo engañoso de la terminología del derecho a la desconexión, ya que obvia muchos otros tipos de relaciones sociales en los cuales la desconexión de la parte más débil puede ser deseable y donde la urgencia de estar conectado significa una oportunidad de negocio para unos y abuso de poder para otros. La conectividad, explica, no solo es un modo de explotación, sino también de dominación; y atajarla solo en el lugar de trabajo no es suficiente. Se fija en concreto en el ejemplo de los trabajadores de la denominada Gig Economy (Uber, Deliveroo...), de los que afirma que no necesitan un «derecho

chiste cuando la ventaja competitiva es, de hecho, estar conectado: no te pierdas ningún evento de tu sector, la oportunidad –a saber de qué– puede estar ahí. Lo transitorio como definitivo e imposible de intervenir pero apasionante a la vez, la vida como un *escape room* del que casi sales pero al final no, al final te faltaron dos minutos. Todo es tuyo porque nada lo es. Forjar caracteres bajo las circunstancias de la producción y llamarlos orgullo e identidad. ¿Cómo se consigue esto último en la era de la producción material deslocalizada? Produciendo algo mucho más interesante y vendible: proyectos, deseos, subjetividad. No hay a quién reclamar lo que no se cumple, tampoco hay un análisis demasiado sosegado sobre si esas promesas merecen mucho la pena porque, a decir verdad, la lógica imperante consiste en ir agrandando los espacios de impunidad. Y en el fondo, se trata de lo mismo, de continuar trabajándoles aunque no fiches. O no trabajándoles porque no eres productivo, porque no te adaptas, por lo que sea, pero seguir esperando, deseando incluso, trabajar para otro. Ofrecer la porción estrictamente necesaria para que sigamos siéndoles productivos, da igual si como producto o como mano de obra. Rendir. Rendirnos.

Y sin embargo muchas de las soluciones colectivas también adolecen de esa mera confianza pseudopsicológica en un supuesto cambio de chip, incluso aunque la lectura sea más *social*. El economista Guy Standing hace de la necesidad virtud y señala que las entradas «intermitentes e instrumentales» en el mercado de trabajo

a la desconexión» dado que nadie «les obliga» a trabajar, y aun así, es imposible desconectar –dada la naturaleza de sus trabajos, aunque no existan órdenes directas–. Morozov, E. «So you want to switch off digitally? I'm afraid that will cost you...». *The Guardian*, 19 de febrero de 2017. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/feb/19/right-to-disconnect-digital-gig-economy-evgeny-morozov>

de los integrantes del precariado, los contratos de días sueltos, tienen la ventaja de proporcionar una desconexión psicológica que facilita que los trabajadores ya no tengan la falsa sensación de que sus empleos dignifican. Con todo, la «desconexión psicológica» no aborda los mimbres de ese tiempo libre –que no liberado– del que dispones si tienes un contrato de, pongamos, diez horas semanales. Seguramente tendrás que complementar el salario como sea: teniendo pareja aunque no quieras, tirando de familia o cruzando la frontera mexicana para donar sangre en Estados Unidos.

La historia del trabajo asalariado ha puesto encima de la mesa muchas y confusas interpretaciones sobre el sentido, la liberación, la identidad, enunciadas desde diferentes lugares. Nadie oculta que un cierto desapego al trabajo puede ser el principio para reformular otras maneras de vivir, pero esa reformulación vuelve de nuevo a chocarse contra el límite de necesitar dinero, porque el dinero, ¿libera o esclaviza? ¿Libera a partir de una cierta cantidad y esclaviza a partir de cierta otra, de nuestros acuerdos personales con la entidad bancaria de debajo de casa, con la banca *online*? ¿Qué significan esa cantidad enorme de vocablos que asociamos al empleo? La dignidad, la decencia, la libertad... Gorka Urbizu, cantante de Berri Txarrak, explica en el documental *Iragana aurretik* el escaso valor ya de las palabras, que nos enfrenta a una serie de retos, a él como compositor, a nosotros a la hora de tratar de hacer toda esa política que está prohibido hacer:

Una de las luchas que tengo con mis letras... No diré que el tiempo ha corrido en nuestra contra, pero sí que las palabras nos han llegado deformadas. Hoy en día sigue siendo necesario cantarle a la libertad, a la justicia, pero en mi opinión ya no podemos utilizar

esas palabras, porque han tomado otro cariz muy distinto del que tenían, así que hay que buscar nuevos puntos de vista. Vivimos en una sociedad donde se ponen pinchos en los cajeros automáticos para que los sintecho no duerman en ellos. Eso tiene que reflejarse de alguna manera, pero en mi opinión, y si quieres que la canción tenga un recorrido, que perdure, ya no puedes utilizar esas palabras desgastadas⁹⁷.

Una concejala se queja del protocolo anticontaminación que restringe la circulación por el centro de la ciudad apelando al «derecho a llegar puntual al trabajo» de los madrileños, una vuelta de tuerca demasiado sofisticada que no logra disfrazar su propia servidumbre: al fin y al cabo, ¿qué significa *derecho* aquí? Un expresidente del Gobierno se pregunta, al hilo de una campaña de prevención de los accidentes en carretera, que quién le ha dicho a usted que quiero que conduzcan por mí. Al fin y al cabo, la ideología *cochista* es el anillo al dedo de la ideología del trabajo. Simboliza eso que Urbizu señala: una libertad que en el contexto actual tiene un significado manoseado, por no decir casi el contrario del que se le presupone. Son libertades, también requiebros para una petición de derechos, que en el mejor de los casos no dicen nada. Y en el peor, disfrazan la opresión. Libertad no para qué, sino sobre quién, para esclavizar a quién.

Otro tanto ocurre con las llamadas *dignidades*. El espectro de lo digno en el trabajo tiene tantos matices como personas realizan su valoración sobre qué es digno y qué no. Si vamos mañana a una fábrica textil de Bangladés y les decimos a sus trabajadoras que su trabajo no es digno, nos van a responder con bastante razón que

97. En el documental *Iragana Aurretik*, 24 de febrero de 2016. Original en euskera. https://www.youtube.com/watch?v=NEes2gvpB_w

entonces qué lo es. Si le decimos a un ejecutivo de Silicon Valley que su supermillonario salario no hace su vida digna por mucha gente que pueda controlar porque duerme cuatro horas diarias, nos va a contestar que entonces qué lo es. A mí me puede parecer una mierda que un comercial intente todo tipo de tretas para vender un producto, pero es que sus habilidades van insertas en esa negociación, no puedo venir desde fuera y decirle nada. O puedo hacerlo, pero, como las letras a las que se refiere Urbizu, no va a tener ningún recorrido. Repetirse a uno mismo que una vida forjada en torno a un objetivo de ventas es una mierda no hace que el objetivo de ventas desaparezca, y estamos encadenados a ese escenario, no a otro. Hemos llegado al punto en que el cuestionamiento de los modos de ganarse –y también de perder– la vida es considerado un ataque personal, mientras por el callejón trasero el capital pasa exitosamente para seguir reeditando su acumulación sin riesgo. La empresa más contaminante puede pasar a ser la más verde dentro de un par de años fruto de, dice, su «compromiso» –ha visto que el dinero va a estar en otra parte–.

Hay un parámetro de dignidad que en los últimos años se ha asemejado al pleno empleo. ¿Pero acaso es digno trabajar once meses y descansar uno? ¿Jugar al trile de la vida laboral entre las declaraciones acerca de que esta ha de ser alargada para garantizar una pensión y las amenazas de despido si uno no «se actualiza»? ¿Es digno pretender, se preguntan Inés Campillo y Carolina del Olmo, que tras el nacimiento de un niño sus padres participen cuarenta horas semanales en el mercado de trabajo como si nada?⁹⁸.

98. «El problema no es ya la menor participación laboral de las mujeres, sino la excesiva dedicación al empleo de hombres y mujeres, que resulta incompatible con el sostenimiento de la vida. La solución, pues, no será que la vida de las mujeres

¿Deberíamos nadie participar ese tiempo, además de todo el que no se nos remunera, en ese mercado? ¿Deberíamos hacerlo incluso aunque se nos remunerara mejor? Si el conflicto al uso era capital-trabajo y tantas cosas se nos han metido por el trastero precisamente por descuidar esa visión y estimar el trabajo como un lugar de potencial realización y ascenso social, ¿la vida dónde queda? ¿El trabajo es nuestra vida o merece ser considerado un lugar aparte en el que *no somos*? Puede que no solo seamos lo que somos en el trabajo, pero está claro que no entramos en un estado de inconsciencia o de plena irresponsabilidad cuando fichamos. Sí, también somos nosotros, en un trabajo rutinario o no, precario o no, soñado o no, incluso en esos sueños que se tornan pesadillas, por ejemplo para las mujeres de Silicon Valley acosadas sexualmente⁹⁹ en los trabajos mejor pagados del mundo. La sensación de incredulidad, de cómo puede estar pasándome esto si estoy en el mejor sitio posible, ya lograda la cúspide laboral.

Cómo desdoblarse, cómo interpretarlo, ¿soy yo o no soy yo aquí, o soy lo que quieren de mí, una sombra al servicio de otra cosa o alguien explotando todo su potencial, quiera o no? El ser y lo digno queda bien sintetizado por una de las participantes en la huelga de gerocultoras que tuvo lugar en las residencias vizcaínas en

se parezca cada vez más a la trayectoria típicamente masculina, sino la contraria, conseguir que la vida de los hombres se parezca cada vez más a la tradicionalmente femenina». Campillo, I. y Del Olmo, C. (2018), «Reorganizar los cuidados, ¿y si dejáramos de hacernos las suecas?». *Viento Sur*, número 156, pp. 77-86. http://vientosur.info/IMG/pdf/11-_reorganizar_los_cuidados._y_si_dejamos_de_hacernos_las_suecas.pdf

99. Kasperkevic, J. «Sexism Valley: 60% of women in Silicon Valley experience harassment». *The Guardian*, 12 de enero de 2016. <https://www.theguardian.com/technology/2016/jan/12/silicon-valley-women-harassment-gender-discrimination>

2017. Quizá en una huelga de publicidad o márketing no notemos impactos inmediatos y se pueda incluso tomar distancia, pero cuidar ancianos es otra historia: «He visto a compañeras llorar por lo que nos exigen. Sabes que no están bien atendidos. No es tu culpa, pero eres la que está»¹⁰⁰. Ese *ser la que está* resume bien que no es posible la alienación completa, en especial cuando hay alguien aún más vulnerable que tú enfrente. Y, sin embargo, la responsabilidad va unida a la culpa, lo lógico sería declararse irresponsable, pero hacerlo es peor, más inhumano que el propio hecho de trabajar así. Una cárcel. La «intermitencia e instrumentalidad» no sirven para quitarse de encima el curro, para apagarlo como un interruptor. Piden saber desconectar –como responsabilidad individual– para que sigas rindiendo, no vayas a pillar la baja. Entrás a trabajar sabiendo que, hagas lo que hagas, currar te va a hacer daño. Y, sin embargo, que parezca realista la mera mitigación. No se puede evitar. Nadie pide que el trabajo sea como una fiesta de cumpleaños todo el tiempo, pero da que pensar que la principal actividad en la que pasamos nuestra vida adulta exija esta mezcolanza entre la práctica deliberada del desapego y los sentimientos ya *a priori* de culpabilidad *por si pasa algo*. Así que hay que elegir entre lógica, realismo, deseo o puesta en duda de la autoridad. ¿Quién delimita lo que podemos pedir, hasta dónde podemos actuar? ¿Nuestro realismo acerca de lo posible en el curro se basa en una fuerza omnímoda que impide cuestionar a quien detenta el poder? ¿Realismo o servidumbre entonces? La libertad no es nada y la dignidad te la tienen que acreditar con un carnet desde arriba.

100. Villaverde, T. y Pequeño, I. «Obreras del cariño: las 'kellys' de los cuidados». *Pikara Magazine*, 18 de mayo de 2017. <http://www.pikaramagazine.com/2017/05/obreras-del-carino-las-kellys-los-cuidados/>

Más palabras que han ganado peso al albur de la reivindicación laboral como estructura narrativa: visibilidad. ¿No se estará convirtiendo en un premio de consolación, en la constatación de un límite, en la manifestación de un *hasta dónde* es posible la acción? Solo hasta ahí, hasta arañar unos minutos del telediario, hasta ser los sujetos pacientes de una investigación académica, hasta que nos reciban en el Parlamento Europeo. La visibilidad parece la copia que nos podemos permitir de la emancipación. Las cada vez peores condiciones laborales de quienes limpian un portal no se deben a que antes fueran más *visibles* que ahora. De hecho, muchos de los puestos mejor pagados son absolutamente invisibles. Ellos sí que deciden cuándo serlo o no, y lo llaman rendición de cuentas, como una deferencia. La visibilidad o invisibilidad no solo es una artimaña gerencial: ha desembocado, también, en la demanda de no ser turbados. Se trata de que todo esté soterrado, de generar riqueza sin especificar para quién, de que la prosperidad se mida en la posibilidad de que nos traigan el consumo al portal de casa o a la recepción del curro mientras nosotros estamos con la lengua fuera. Trabajando, ocupados, sin tiempo de nada. Un modo de distinción que, como nos recuerda el grupo Krisis, a cualquier noble medieval le habría parecido despreciable¹⁰¹.

Al contrario de lo que ocurre con la demanda de visibilidad por otros motivos –por ejemplo, para que los menores tengan modelos de diversidad sexual que no les coarten–, ¿realmente hay tareas que

101. «Ninguna casta dominante de la historia ha llevado una vida tan esclava y deplorable como los acosados directivos de Microsoft, Daimler-Chrysler o Sony. Cualquier noble medieval los hubiese menospreciado profundamente. Porque mientras este se podía entregar al ocio y dilapidar más o menos orgiásticamente su fortuna, las elites de la sociedad del trabajo no se pueden permitir ni una pausa». Grupo Krisis. *Manifiesto contra el trabajo* (1998). Ed. Virus, pp. 24-25.

preferiríamos no ver? ¿Nos aportaría algo conocer más al detalle algunas de ellas? En caso afirmativo, ¿para apreciarlas o para huir de ellas? ¿Acaso la mayoría de tareas no son remuneradas precisamente para que se oculten sus procesos y, sin más, disfrutemos de sus resultados? Si unas camareras de piso en plena movilización me piden que boicotee el Hotel Hilton porque sus servicios están siendo externalizados y porque quieren así otorgar *visibilidad* a su tarea, a su demanda, no me están pidiendo algo que como clienta me resulte complicado, pues mi poder adquisitivo está muy lejos de ser capaz de hacer frente a una estancia allí. De todos modos, quizá tengan suerte si un jeque cataní o un directivo de una multinacional alojado en un establecimiento de la cadena ve injusto lo poco que se les paga y se da una vuelta por el despacho del director aludiendo a la poca humanidad de lo que allí ocurre. Lejos de una victoria sindical, esto no sería más que un golpe de suerte venido de ese escaso margen de maniobra que da la ética del consumo, una ética que, haciendo alarde de generosidad, de paternalismo bienhechor, termina por sustentar las relaciones laborales en cierta piedad y sirve hasta para hacer diferenciación de marca. La firma fagocita lo ético y lo convierte en remiendo: en medio del conflicto por la externalización y la subrogación de los contratos de las camareras de piso, aparece el propietario de una famosa cadena de hoteles diciendo que no podemos vivir en «un capitalismo en el que vale todo», que no puede ser eso de pagarles a las camareras de piso dos euros por habitación¹⁰². Un filántropo. Ya está. Ya ha puesto el tapón. Pero la

102. Carreño, B. «Quién es Antonio Catalán, el empresario que pide la subida del Salario Mínimo y derogar la reforma laboral». *Eldiario.es* 25 de noviembre de 2016. http://www.eldiario.es/economia/Antonio-Catalan-empresario-Salario-Minimo_0_584092220.html. «Defiende que el principal elemento para diferenciarse en el trato al cliente es el factor humano», reza uno de los subtítulos de la información.

finalidad no es que los servicios se presten con un espíritu distinto y que el intermediario consumidor con su acción benevolente venga a rellenar los huecos en la movilización de ciertos sectores que a menudo tienen dificultades para mostrarse cohesionados, sino que el objetivo ha de ser que existan disrupciones reales. Tratar bien a los currelas no debería ser voluntario, ni mucho menos tener *recompensas*. Ni siquiera ha sido necesario que los estratos más altos hayan demandado invisibilidad –el verdadero poder es enemigo de la ostentación–, sino que con la visibilidad se ha dado un viraje análogo al que se experimentó con la mantequilla –antes, lujo de ricos, ahora, grasa para pobres–. La visibilidad como migaja de hipotética relevancia para los nadie, que además no pueden elegir ya cuándo salir del campo visible. Creíamos que era un modo de reconocimiento y lo que pasa es que todo está a la venta¹⁰³.

Durante el conflicto de la estiba de 2017, una de las pancartas de las movilizaciones aseguraba que esta actividad «no es un trabajo, es un modo de vida». Parece una declaración de principios muy

Igual que tener distintos tipos de almohada para que los clientes elijan la dureza que prefieran, el factor humano (no tratar a las personas como mulas, imagino), se erige como ventaja competitiva de esta cadena de hoteles. Es un mero posicionamiento de marca.

103. «Noa no tiene problemas en reconocer “que la crisis nos ha venido muy bien” no solo a la hora de negociar con las mujeres, sino de recibir una gran oferta de ellas. Noa niega que se aprovechen de ellas y creen que les ofrecen una oportunidad, “incluso si hace falta les prestamos el portátil hasta que ellas pueden comprarse uno”. Señalan que aproximadamente un 40% vienen a ellos “por necesidad”. Es el caso de María, una chica de 25 años y con tres hijos, a la que “el banco iba a desahuciar. Ocupó su propia casa y ahora vive en una que le ha facilitado la Junta. Lleva ya un año trabajando con nosotros”, explica Tomi». Ávila, A. «Porno amateur: sueños rotos de un país en crisis». *Eldiario.es*, 16 de agosto de 2015. https://www.eldiario.es/andalucia/Porno-amateur-suenos-rotos-crisis_0_420657957.html

diferente de esa que aboga por la intermitencia e instrumentalidad para liberarse del trabajo, porque la vida está en otro sitio (¿sí o no? ¿Puede haber una sola respuesta?). Y pone encima de la mesa algo que compromete el resto de la acción política. ¿Liberar del trabajo o dignificar el trabajo? A lo largo de la historia ha habido interpretaciones para todos los gustos. En su obra de 1849 *Trabajo asalariado y capital*, Marx señala que:

el obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida; para él es más bien un sacrificio de su vida. Es una mercancía que ha adjudicado a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad [...]. Lo que produce para sí mismo es el salario [...]. ¿Son esas doce horas de tejer, hilar, taladrar, torneear, construir, cavar y machacar piedras la manifestación de su vida, su vida misma? Al contrario. Para él, la vida comienza allí donde terminan estas actividades: en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama.

Sin embargo, el grupo Krisis detecta en su *Manifiesto contra el trabajo* de 1999, el surgimiento de ese muro infranqueable que estamos tratando de perimetrar aquí, y que no quedó más remedio que vestir, en una suerte de giro realista y *razonable*, de sobreidentificación inevitable, de modo de vida por encima del mero medio:

El movimiento obrero clásico, que vivió su auge mucho después del ocaso de las antiguas revueltas sociales, ya no lucha contra los abusos del trabajo, sino que desarrolló una sobreidentificación con lo aparentemente inevitable. Lo que perseguía era ya solo «derechos» y mejoras dentro de la sociedad del trabajo, cuyas imposiciones hacía tiempo que había interiorizado ampliamente. En vez de criticar radicalmente la transformación de energía humana en dinero como fin absoluto irracional, aceptó el «punto de vista del trabajo» y concibió la explotación económica como un orden de cosas positivo y neu-

tral. Así, el movimiento obrero hacía suya a su manera la herencia del absolutismo, el protestantismo y la ilustración burguesa. De la desgracia del trabajo se pasó al falso orgullo de trabajar, que redefinió como «derecho humano» la domesticación propia en material humano del ídolo moderno. En cierta forma, los parias domesticados del trabajo le dieron la vuelta ideológicamente a la tortilla y desarrollaron un celo misionario, que les llevó a reclamar, por un lado, el «derecho al trabajo para todos» y, por otro, a exigir el «deber de trabajar para todos».

En todo caso, y debido a esa «sobreidentificación inevitable» que parece imposible superar, si ni la libertad ni la dignidad son ya nada —o, mejor, son lo que el emisor que detente más poder quiere que sean en ese preciso momento—, ¿cómo se puede resolver semejante dilema? Lo indigno para una parte del salariado puede ser lo más digno para la otra, porque es su vida y cómo pensar otra, a dónde agarrarme entonces. ¿Qué es lo propio (a veces censurable, a veces característico) del trabajo: su carácter rutinario, su penuria física, o esta nueva petición de flexibilidad que retuerce esos callejones sin salida pero que ya consideraba míos, esas pequeñas parcelas arrebatadas de control sobre lo que hacemos? Para hacer suyo el trabajo los colectivos tienen que construir, contarse y contarnos, una historia, como explica Juan M. Asins:

Entonces [en 1593] los estibadores podían atraer las miradas curiosas de los paseantes pero nadie hablaba de sus condiciones laborales ni mucho menos las censuraba porque la estiba era, como había sido siempre, sinónimo de miseria. Un jornal escaso e incierto, que solo llegaba cuando llegaban barcos, y siempre y cuando ese día te escogiese el capataz. Frente a él se arremolinaban los hombres, a veces pisándose unos a otros [...]. Hoy la solidaridad suena tan extraña que

igual hay que explicarla como una lengua muerta. Solidarizarse no es idolatrar, se puede ser crítico [...]. Solidarizarse es, sin embargo, entender que por muy lejos que te pille el mar, o tienes barcos o eres de los que descargan¹⁰⁴.

¿Puede unificar la necesidad de vender la mano de obra para sobrevivir la experiencia del trabajo o es ya tan fragmentaria –más fragmentaria aún de lo que impone la división de los Estados nación y de lo corporativo– que resulta imposible hilvanar algo que, por otro lado quizá no haya existido nunca? El Comité Invisible, en su obra *Ahora*, se decanta por lo segundo.

El salariado explota en todo tipo de nichos, de excepciones, de condiciones derogatorias. La idea de «precariado» oculta oportunamente que, sencillamente, ya no hay una experiencia común del trabajo, ni siquiera precario. De modo que tampoco puede haber una experiencia común de su interrupción y que el viejo mito de la huelga general ha de colocarse en la sección de accesorios inútiles.

De hecho, Evgeny Morozov ejemplifica con mucha sorna el tipo de paro más eficaz en los tiempos del trabajo no remunerado capturado por Google: «La innovación del concepto de huelga general vendría de manos de la gente dejando de usar Twitter durante una semana, privando a algunos de sus equilibrados genios de su audiencia y al capitalismo de la vigilancia de sus retinas». Y, por otro lado, los distanciamientos psicológicos y cómo se desvanece esa falsa sensación de que nuestros empleos dignifican no han impedido –se puede decir que hasta han favorecido, que han resultado funcionales para ello– que la salida de *la crisis* en el Estado español se

104. Asins, Juan M. «Lo extraño de los estibadores». *Ctxt*, 14 de marzo de 2017. <http://ctxt.es/es/20170307/Politica/11565/Sindicato-Colectivo-Asins-Pol%C3%A9tica-Estibadores.htm>

haya saldado con treinta y cinco mil millones menos en salarios –una pérdida de un 6% en la masa salarial–¹⁰⁵ ni que ahora los jefes ganen noventa y ocho veces más que los trabajadores¹⁰⁶. En la muy igualitaria Gipuzkoa, la brecha entre quienes más ganan y quienes menos se ha ampliado en veinticuatro puntos desde 2008¹⁰⁷. Pero como todos nuestros instrumentos están destinados no a enmendar la plana, sino a seguir el camino del que gana noventa y ocho veces más que tú, la racionalidad política imperante lleva aparejado el cálculo individual, el resto es una locura. Podemos afirmar solemnes que o tienes barcos o eres de los que descargan, pero cuando las principales reclamaciones van destinadas a proteger a los que descargan, a procurar «que no se vayan» y no a quedarnos con los barcos –además de decidir quién los descarga y quién no–, volvemos de nuevo a las palabras vacías y gastadas. No hay conflicto sino hambre de ascenso o al menos de mantenimiento. Es lo que nos han enseñado. Seguirá habiendo que cargar, seguirá habiendo que limpiar. Es este el tipo de ocupaciones de las que a la clase obrera

105. Jorrín, Javier G. «España sale de la crisis con 35.000 millones de euros menos en salarios». *El Español*, 3 de marzo de 2017. https://www.elespanol.com/economia/macroeconomia/20170302/197730869_0.html

106. «Mientras el sueldo de los trabajadores solo subió un 0,8% en 2017, la nómina de los consejos creció un 21,3%». Fernández, D. «Los jefes ganan 98 veces más que los trabajadores». *El País*, 20 de abril de 2018. https://elpais.com/economia/2018/04/20/actualidad/1524223324_231038.html

107. «Los ingresos de quienes menos cobran se han reducido un 38,9% en los últimos ocho años, al pasar de los 1.393 euros de antes de la crisis a 851 el año pasado. El salario de los que más perciben se sitúa 63,3 veces por encima de los que reciben la menor retribución» Aranguren, P. «La brecha entre los que más ganan y los que menos se agranda en 24 puntos en Gipuzkoa desde 2008». *El Diario Vasco*, 27 de agosto de 2017. <http://www.diariovasco.com/economia/brecha-ganan-agranda-20170815005531-ntvo.html>

se le ha enseñado a escapar mediante el estudio. Paradójicamente, las ocupaciones que tienen capacidad de pararlo todo. ¿Acaso no surgen los nuevos modos de vida por orden expreso de los tenedores del capital? ¿Podemos por tanto considerar esos modos de vida nuestros, hay posibilidad de separarlos?

CODA: ¿CONFIANZA?

Me decía que la economía colaborativa servía para sustentar una noción básica de confianza. Me puso un ejemplo mundano: dejarle un taladro a un vecino, una cosa que no usas frecuentemente y que quizá no tenga demasiado sentido que tengas tú solo. Gracias a la economía colaborativa, afirmaba, «el acceso, el uso, priman frente a la propiedad». Me quería hacer creer que no había propietarios en ninguna parte. Tampoco hay empleados porque ahora somos colaboradores. Y lo metía todo en el mismo saco: economía circular, bien común, confianza. Estaba absolutamente convencida, incluso aunque los hechos iban desmintiéndolo día a día en diferentes ámbitos, de que esa economía colaborativa «pero convenientemente regulada» iba como un guante a algunas formas muy asentadas de relación social en el País Vasco, como el *auzolan* o trabajo comunitario desinteresado; incluso mencionó la Corporación Mondragón. Otra vez más, jugábamos a la perversión de las palabras y a hacer como si no hubiera pasado el tiempo y como si en ese tiempo no hubieran sucedido cosas. No es lo mismo el voluntariado comunal de hace cincuenta años que el voluntariado patrocinado por la Fundación La Caixa, cuyos beneficiarios, en un giro inesperado de los acontecimientos, podrían incluso ser los mismos niños perjudicados por los desahucios que ejecuta la entidad bancaria. No es lo

mismo el cooperativismo de Mondragón dentro de un franquismo en plena salida de la autarquía que dentro de la economía global y sumido en un pleito con los cooperativistas de Fagor al albur de unas participaciones subordinadas.

«Siempre hablamos de las tres cés: compartir, confiar y colaborar. Si no confío en alguien con quien voy a intercambiar mi casa, evidentemente ese intercambio no se da». Ñapa psicológica. A mí me parecía justo lo contrario: no llega en primer lugar la confianza y luego te metes en un BlaBlaCar, sino que el mismo hecho de utilizar el BlaBlaCar te obliga o no te deja más remedio que confiar. Y utilizas un BlaBlaCar porque es más barato que otros medios. Hablar con un desconocido conductor como externalidad irremediable.

Nadie coge coches al azar para conocer gente nueva como si aquello fuera un *party line*, así que no me hables de sociabilidad. No estamos en un pueblo irlandés en el que los vecinos se conocen y alguien pregunta en el pub quién va mañana a la ciudad con su coche y si le puede llevar. Y vas a un Airbnb porque es más barato que un hotel, no porque quien te alquila la habitación sea tu amigo. Pervertía, no sé si de manera consciente, las causas y las consecuencias, replanteaba a su antojo la ruta mental trazada para que los hechos se desencadenaran del modo en el que lo hacían. Aunque traten de venderlo como lo central, la hipotética *colaboración* es un residuo que no vale nada aquí, y con la *confianza* ocurre tres cuartos de lo mismo.

Los giros seguían: «Habrà mucha gente que no querrà trabajar ocho horas y a la que esta vía de ingresos le venga bien», apostillaba. Era mucho decir eso de que no querrán. La pregunta radical hubiera sido por qué demonios seguimos trabajando ocho horas, pero sin entrar

en esas honduras, ese *no querer* que ella me vendía era en realidad un *no poder*. Esa vía de ingresos que ella consideraba revolucionaria, ese *freelancismo* vital, esos veinte euritos de aquí, esos cincuenta de allá después de tirarme dos horas de ida y vuelta en el metro para vender una banqueta pagando el consiguiente billete... Todo eso no era una solución, ni era una colaboración, ni despertaba ninguna confianza, sino que encanallaba todavía más las palabras vacías. No era una innovación social —ella dirigía una cátedra de esa materia—. Solo me apetecía decirle que ni siquiera consideraba todo esto que me estaba contando una desagradable distopía futurista. Más bien era un popurrí de elementos de economía de posguerra, intentando vender y comprar todo, a la que el uso de cachivaches electrónicos para efectuar el intercambio daba un cierto aire de dignidad, y que a su vez convertía en señores feudales a escala planetaria a los propietarios de los sistemas de mediación. Retroceder a dos periodos históricos simultáneamente mientras se hace una transacción tiene bastante mérito. La manera en que ese intercambio escurre sus consecuencias tanto hacia los usuarios como hacia los prestadores de los servicios es bastante imaginativa.

A menudo estas nuevas/viejas formas económicas no tienen una transacción económica directa en el centro, sino que prefieren des- involucrarse en la captura de la atención para monetizarla más tarde y que tengamos la percepción de que nos ofrecen un servicio en vez de ser nosotros el producto. Lo *bueno* es que puedes montar un andamiaje a tu medida sobre la realidad que las ampara o las carencias que solventan: más que una detección precisa de lo que opera detrás, lo importante es que haya un abundante granel de razones (o excusas). Y todo ese granel nos parapeta del combate a

cuerpo gentil contra el mar de fondo. El movimiento *tiny houses* te anima a vivir con lo básico (y es ecológico), en vez de ser un síntoma de cómo están arrasando los fondos de inversión con el parque de vivienda. No tener hijos también es ecológico en vez de ser una consecuencia, como dicen muchas treintañeras, de sus situaciones laborales y del precio de la vivienda en cualquier régimen. Incluso un artículo periodístico que explicaba cómo contribuir menos al cambio climático daba como consejo «tener un hijo menos»¹⁰⁸. ¡Y todo esto en la era de las supuestas colaboraciones y la confianza!

Mientras debaten si viven en la austeridad o si viven en la frugalidad, la preocupación por el medio ambiente entrelazada con la *gadgetización* colaborativa puede terminar configurando una especie de relato dignificado –incluso orgulloso a ratos, como lo era el relato laboral de sus padres– de la pobreza de la generación que ahora se encuentra entre los veintipico y los cuarenta años, la que ha disfrutado de los estertores de la extensión de la educación superior y que se agarra a la herencia familiar como último salvavidas. Con todo, esa frugalidad minimalista tipo Pinterest, ese supuesto menor consumo privado, todos esos trucos equilibradores, no han redundado en una ampliación de la vida colectiva fuera del consumo ni en un mayor campo comunitario. Aquella frase que nos acusaba de ser comunistas con iPhone se ha convertido en una afirmación a la que, otra vez, hay que cambiar las conjunciones. No somos comunistas aunque, ni pese a que, tengamos iPhone: posiblemente somos comunistas porque lo único que podemos tener es un iPhone. Con estados

108. Criado, M.A. «Hazte vegetariano, deja el coche y ten menos hijos si quieres luchar contra el cambio climático». Materia. *El País*, 12 de julio de 2017. https://elpais.com/elpais/2017/07/11/ciencia/1499785338_169682.html

sociales arrasados, lo poco que queda es el *gadget* como premio de consolación ante la incapacidad de acceder a los pilares de una vida. No hay casas, ingresos regulares o familias: todo eso es caro.

Nuestra frugalidad corre el riesgo de convertirse en una pirueta dialéctica que oculte, entre otras cosas, los treinta y cinco mil millones perdidos en salarios que comentábamos antes. Hablamos de cambio climático y decimos que «hay que obligarles» a tomar medidas. Y yo me pregunto cómo obligar cuando hemos tratado de hacer eso mismo con algo tan tibio como la socialización de los beneficios y a todas luces no lo hemos conseguido –más bien la socialización ha sido siempre de las pérdidas–. Por otro lado, ¿quién va a resolver la papeleta de determinar cómo obligarles? ¿De qué me vale ponerme a la vanguardia de las *tiny houses* si no puedo obligar a alguien a que tenga menos de diez propiedades porque el hecho de que tenga más, lejos de convertirlo en un inversor interesante –¡que las fortunas no huyan!–, condiciona para mal la vida del resto?

Palabras que valen poco. Nuevos políticos haciendo supuestas nuevas políticas que se centran en otras dos palabras vacías: transparencia y participación. Contándote con todo detalle su hipoteca, incluso el dinero que van a heredar, para que te des cuenta de que son solventes y no van a meter la mano en la caja, como si no hubieran sido los solventes con hambre de más dinero los que por lo general se dedicaban a eso. Pero lo que demandamos algunos –porque la ropa que se compren o lo que hagan en su tiempo de ocio no debería importarnos demasiado– no es que se esgriman en voz alta las virtudes personales en medio de un mundo corrompido. Tampoco pedimos, como victoria pírrica, que un representante político tenga que humillarse contándonos dónde se compró su último pack de calzoncillos en aras de

una supuesta transparencia que no es más que escarnio y amplificación del campo del espectáculo y no del campo de batalla. No. Lo que queremos son modelos de vida universalizables y replicables que, como es lógico, comprometan también a sus proponentes, pero sobre todo nos vinculen a unos y a otros.